

en el despacho la *hora ni el minuto* de la recepcion, como en prueba manifiesta de que estaba agitado.

La noticia llegó á París en 26 de noviembre de 1781. Franklin escribió á John Adams, que se hallaba en Holanda, lo siguiente: «Os doy el parabien de esas buenas nuevas. Hércules, niño aun, en su propia cuna ha aplastado la segunda serpiente. La primera fué el general Burgoyne.» La comparacion satisfizo suficientemente á Franklin, para que mas tarde se grabara en una medalla bajo su direccion, con el lema: *Non sine diis animosus infans*.

Esos son los recuerdos que los franceses dejaron en aquellos apartados paises, recuerdos que debia perpetuar el general La Fayette hasta el 30 de mayo de 1834, recuerdos que Tocqueville se complacia en traer á la memoria, recuerdos que, el que estas líneas escribe, invoca como una de las glorias mas legítimas de Francia.

Engrandézcase en buen hora América, adquiera gloria y prosperidad, consérvese unida, sea no un pueblo sino un mundo; pero no olvide jamás que sin ambicion, sin recelo, sin interés, Francia estuvo velando junto á su cuna. Nunca pierda de vista esa escarpela blanca y negra que le recuerda que los franceses derramaron su sangre para conquistarle la independencia y darle un continente.

CAPÍTULO XXI.

Paz de 1783.—Washington se retira á la vida privada.

El dia designado para la apertura del Parlamento era el 27 de noviembre de 1781. Al fijarse esa fecha, no se sabia nada de la capitulacion de Cornwallis. Recibida la noticia, fué menester enmendar el discurso de la Corona, y el rey declaró: «Que faltaria á sus deberes en calidad de soberano de un pueblo libre, si por el amor que personalmente tenia á la paz, ó por consideraciones á la tranquilidad momentánea del país, sacrificaba aquellos derechos esenciales, aquellos intereses permanentes, de los cuales dependian, en lo sucesivo, la fuerza y la seguridad de la nacion¹.» Y en su consecuencia recomendó que se desplegaran esfuerzos *vigorosos, animados y unidos*².

Ese lenguaje resuelto, tuvo alguna aceptacion en el Parlamento; halló empero, oposicion abierta en las Cámaras. En la de los Comunes, Fox fué excesivamente severo. Acusó al ministerio de locura y traicion, y concluyó diciendo: «No diré que, en mi concepto, los ministros son asalariados de Francia, que no me es posible aducir pruebas de ello; pero me aventuro á decir que merecerian ser pagados por el enemigo³.»

Lord North rechazó con desden esa injuria gratuita. «Hemos sufrido, dijo, un desastre en Virginia; pero ¿debemos por eso echarnos al suelo y morir? No, esa desgracia debe movernos á obrar; unidos, podemos salvarnos; abandonándonos á la exasperacion,

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. II, pág. 302.

² Lord Mahon, tom. VII, pág. 131.

³ Id. id. id. pág. 132.

todo está perdido.» Fox le había amenazado con una acusación y el cadalso, pero eso no le hacía mella, asegurando que hasta la postre sostendría los derechos y la autoridad legislativa del Parlamento. La guerra de América, según él, era desgraciada, pero no injusta.

Burke contestó con frases saturadas de ironía y pasión. Así pues, dijo, que «las palabras del ministro le habían helado la sangre y confundido el espíritu.»

«¡Gran Dios! exclamó Burke, ¿se nos hablará todavía de los derechos, por los cuales nos hemos empeñado en la guerra? ¡Oh! ¡escelentes, preciosos derechos! ¡Indudablemente preciosos, porque nos cuestan caros! ¡Preciosos, porque Inglaterra los ha comprado al precio de trece colonias, de cuatro islas, de cien mil hombres, de 1,750 millones! ¡Oh! ¡maravillosos deben de ser esos derechos, que han arrebatado á la Gran Bretaña el imperio de los mares, esa grande y sólida superioridad que hacia inclinar al mundo ante nosotros! ¡Inestimables derechos, que nos han obligado á descender de la altura en que estábamos con respecto de las demás naciones, quitándonos la importancia en los países extranjeros, y la felicidad en el interior; que nos han arruinado la industria, el comercio y la navegacion; que han convertido el mas floreciente imperio en la potencia mas reducida y menos envidiable del universo! ¡Maravillosos derechos, que pronto nos despojarán de lo poco que nos queda! Nosotros teníamos derecho á imponer tributos á América, dijo el noble lord, ¿y porque teníamos ese derecho, era indispensable ejercerlo?... ¡Pobres gentes, enamoradas ciegamente de sí mismas! ¡pobre país arruinado! ¿No sabeis que el derecho nada significa sin la capacidad por parte de quien lo aplica? Un derecho que no puede ejercerse ¿qué es sino una palabra vacía de sentido?... Está bien, dijo un necio, ufano con la prerogativa de que estaba dotado sobre los animales de la creacion, en el lomo de ese lobo hay lana de escelente calidad; pues bien: hay que esquilarse.—¡Qué! ¿esquilar á un lobo?—Sí.—Pero, ¿se prestará él á esa operacion? ¿Habeis reflexionado acerca de lo difícil que ha de ser llevarla á cabo? ¿Cómo cogereis esa lana?—No: no he pensado en nada; solo conozco y quiero conocer mi derecho: un lobo es un animal que lleva lana; todo animal lanar ha de ser esquilado, luego debo esquilarse á ese lobo¹.»

¹ Lord Mahon, tom, VII, pág. 132.

¡Cuántos declamadores hay en nuestras asambleas que esquilan, ó mas bien, pretenden esquilarse al lobo!

El mensaje al rey fué votado por 218 votos, y la enmienda solo reunió 129, y sin embargo, hacíase visible que todo había concluido.

La opinion ganaba terreno por defuera. Volvióse á abordar la cuestion en 12 de diciembre, en 4 de enero de 1782, y por último en 22 de febrero. Esa vez, el general Conway, antiguo partidario de los norteamericanos, propuso un mensaje á S. M. para que no se continuara por mas tiempo la guerra en el continente de América del Norte, yéndose en pos de una imposibilidad, cual era someter á los habitantes de aquel país¹. Barré volvió tambien á la carga, no vacilando en llamar á lord North *azote de su país*.

El mensaje fué rechazado por 194 votos, contra 193 que lo aprobaron, consiguiendo así una de esas victorias malamente llamadas derrotas. Sin embargo, el dia 27, Conway presentaba una proposicion semejante á la anterior bajo distinta forma, y fué adoptada por 234 votos contra 215.

El rey contestó: «Que tomara en consideracion aquel dictámen, adoptando en su consecuencia las medidas oportunas para restablecer la armonía entre la Gran Bretaña y las colonias sublevadas.» Diéronse gracias al rey; pero esa respuesta ambigua no podia satisfacer á la oposicion, y, en 4 de marzo el general Conway presentó una nueva proposicion, concebida en términos muy enérgicos: «La Cámara, se decia en ella, considerará como enemigos de S. M. y del país á quien quiera que aconseje ó intente continuar la guerra ofensiva en América, á fin de someter con medidas violentas á las colonias.»

Lord North declaró inútil la mocion, pero no se atrevió á oponerse al voto. Rigby, un *bravo* de tribuna, uno de esos hombres que comercian en política, atacó á la oposicion con un calor interesado; pero el jóven Pitt le contestó á secas que la nacion estaba cansada de pagarle el jornal. «¿De veras? contestó Rigby con descaro. Por lo que á mí hace, no estoy absolutamente cansado de recibir salario; pero quisiera que mi adversario demostrara que lo mismo es ser autor de nuestra ruina que recibir estipendio por el ejercicio de un cargo.»

El mensaje fué votado, y este mensaje entrañaba la conclusion

¹ Lord Mahon, tom, VII, pág. 141.

de la guerra. El Parlamento la había comenzado en febrero de 1775 con un mensaje al rey; y la terminaba en febrero de 1782, con un mensaje también, pero redactado en sentido contrario. Fueron menester siete años para aperebirse de su locura. ¡Felices son aquellas naciones, cuyos Parlamentos pueden reconocer sus yerros! Un rey no cede, habiendo en él por en medio el amor propio; y, bien puede asegurarse que Jorge III hubiese llevado las cosas á su extremo, con riesgo de arruinar á su pueblo. En aquellos precisos momentos proyectaba retirarse á Hannover á trueque de no humillarse ante el Parlamento ¹.

En 20 de marzo de 1782 lord North abandonó el poder con la misma tranquilidad de siempre, prueba inequívoca de que en la pesadez de su cuerpo se encerraba una incurable ligereza de espíritu.

Al presentarse á la Cámara en traje de corte, lord Surrey se levantó al mismo tiempo que aquel para hablar, ya que nadie quería cederle la palabra, y Fox propuso que lord Surrey hablase primero. Lord North, con su serenidad ordinaria, dijo inmediatamente: «Pido la palabra para combatir esta mocion,» alegando la razon de que no era ministro, y no había ya oposicion. Dió gracias á la Cámara por su bondad, indulgencia, y además, por su larga paciencia.

Inmediatamente se levantó la sesion. La noche era fria, como que nevaba; la mayor parte de los diputados habían despedido sus coches, creyendo que había de ser larga la sesion. Lord North había dispuesto que se quedara el suyo, en virtud de muy sólidas razones. Al pasar por delante de sus adversarios que tiritaban de frio, les dijo: «Señores, ya veis cuán ventajoso es estar iniciado en el secreto; buenas noches.» Y se entró tranquilamente en su casa, sin haber experimentado emocion alguna.

En ninguna ocasion desmintió esa su imperturbabilidad. Algunos días despues, cuando la *Gaceta* publicó que el rey había tenido á bien llamar un nuevo ministerio, formado de individuos que eran menos del agrado de S. M., lord North dijo chanceándose: «Se me ha echado injuriosamente en cara que he mentido en las *Gacetas*; pero hay mas mentiras en esa de las que pudo haber en todas las mias. ¡Ayer *plugo* á S. M. nombrar ministros al marqués de Rockingham, á M. Carlos Fox y al duque de Richmond!»

¹ Lord Mahon, tom. VII, pág. 145.

Lord North era una de esas medianías que pierden con hilaridad los imperios. Su hombría de bien le disculpa, mas no queda disculpado un país que confia el manejo de sus negocios á semejante incapacidad.

Al aceptar el cargo de ministro, lord Rockingham había exigido como condicion el reconocimiento de la independencia de las colonias. No fué él empero quien realizó tan grande acto, ya que en 3 de junio de 1782 cayó enfermo, falleciendo en 1.º de julio, á tiempo que se recibía en Europa la noticia de una gran victoria naval que sobre la escuadra francesa alcanzó en las Antillas el almirante Rodney. Allí quedó derrotada la flota mas hermosa que Francia hizo surcar los mares; la *Villa de Paris*, el buque mas gallardo del siglo pasado, y que la ciudad de Paris construyó y ofreció á Luis XVI, cayó en poder del enemigo, viéndose obligado el almirante, el conde de Grasse, á arriar su pabellon y entregarse prisionero. En el puente había solo tres personas que no hubiesen recibido ninguna herida, siendo Grasse una de ellas.

Pero esa victoria brillante, que alhagaba el amor propio inglés, no era en último resultado mas que uno de esos venturosos accidentes de la guerra que no dirimen la cuestion ¹. Los vencidos á su vez, en el mes de febrero, á las órdenes de Crillon se apoderaron de Menorca, espulsando á los ingleses del mejor puerto del Mediterráneo.

Por último en 22 de abril los Países Bajos reconocieron á John Adams como ministro plenipotenciario. De manera que en el asunto iba á terciar un nuevo enemigo que no era ciertamente despreciable.

Así lo comprendió el sucesor del marqués de Rockingham, lord Shelburne. También éste había sido contrario á la independencia anglo-americana, habiendo declarado algun tiempo antes con un lenguaje magnífico que el día en que se reconociera la independencia de las colonias, el sol de Inglaterra se eclipsaría en el horizonte. Sin embargo, al tomar sobre sí el cargo de ministro declaró que *había despertado del sueño de la dominacion británica*, y que si bien no había cambiado de dictámen, quería, empero, preparar cierto

¹ ¡Bah! decía Franklin al recibir esa noticia; recordad lo que decía el bajá turco hecho prisionero en Lepanto por los venecianos: «Los navios son como las barbas de mi señor, pédeis cortarlas pero crecerán de nuevo; mas mi señor os ha tomado á Morea, con lo cual os ha hecho la amputacion de un miembro, y un miembro no vuelve á crecer nunca.» Y segun Franklin, que pudo ser capaz de inventar la historia, el bajá tenía mucha razon. (Lord Mahon, tom. VII, pág. 188.)

crepúsculo de manera que pudiera de nuevo levantarse el sol de Inglaterra ¹.

Así que, en haciéndose cargo del ministerio, envió á París á M. Oswald y á M. Firzherbert, conocido despues con el sobrenombre de lord Santa Helena. Las negociaciones se entablaron directamente con Franklin y el doctor se agregó á Jay, á M. Adams, que vino de Holanda, y á M. Laurens, que por mucho tiempo habia estado encerrado en la Torre de Lóndres, soltado de ella recientemente por el gobierno inglés.

La historia de esas negociaciones carecen de interés para nuestros lectores. Entorpecidas á causa de una grave enfermedad de Franklin y por ciertas dificultades que surgieron, señaladamente la del reconocimiento de los derechos de los *realistas*, reconocimiento que eludió hábilmente Franklin, se terminaron con un tratado concluido con los comisionados anglo-americanos, que fué firmado en 30 de Noviembre de 1782.

El primer artículo reconocia la independenciam de las trece colonias; el segundo les señalaba fronteras en ventaja de las mismas, cediendo Inglaterra aquellas inmensas soledades del Oeste que le eran difíciles de colonizar por el Canadá, y que iban á ser la base de un grande imperio. Se garantizaba además la libre navegacion por el Missisipi, desde su nacimiento hasta el Océano. Y por último, se reglamentaba el derecho de pescar beneficiosamente para entrambas partes.

Ese tratado, puramente provisional, puesto que Francia no figuraba en el mismo y los anglo americanos se habian comprometido á no ajustar la paz sin la intervencion de su aliada, fué comunicado al Parlamento por el mismo rey en 5 de diciembre de 1782. Jorge III pronunció estas memorables palabras:

«Al consentir en la separacion de aquellas provincias, he sacrificado toda consideracion personal en aras de las aspiraciones de mi pueblo. Desde lo mas íntimo de mi corazon pido al Todopoderoso que la Gran Bretaña no esperimente los males que pueden originarse de tan gran desmembramiento del imperio, y que América se vea libre de las calamidades que en otras ocasiones han dado una prueba sensible de que la monarquía es requisito indispensable para el goce de la libertad constitucional. Confío en que la religion, el idioma, el interés, y las afecciones establecerán un lazo

¹ Lord Mahon, tom. VII, pág. 212.

de union perpétua entre los dos países. Para conseguir eso, podeis contar con mi celo y buena voluntad ¹.»

En 20 de enero de 1783 el conde de Vergennes por Francia, el conde de Aranda por España, y M. Fitzherbert por Inglaterra firmaron en Versalles los preliminares de la paz.

Francia mejoraba su derecho á las pesqueras de Terranova, en virtud de la cesion que se le hacia de las islas de San Pedro y Miquelon; recobraba el Senegal y la isla de Gorea, y por último hacia desaparecer el vergonzoso artículo del tratado de Utrecht, que prohibia fortificar á Dunkerque, y establecia en esa villa un funcionario inglés. Dunkerque habia sido siempre temible para Inglaterra mientras no se construian mas que buques de pequeñas dimensiones; mas el cambio realizado en la marina le dejó despues una importancia meramente secundaria.

España volvía á entrar en posesion de Menorca y de las Floridas, que debia despues ceder á los Estados Unidos; y Holanda recobraba sus posesiones devolviendo el fruto de sus conquistas.

El tratado era humillante para Inglaterra, pero su situacion no era halagüeña. Toda su escuadra habia salido para socorrer á Gibraltar sitiado por los aliados; los holandeses podian apresar la flota del Báltico, con todas las provisiones, lo cual no aconteció por un acaso afortunado; la deuda flotante ascendía á 750 millones de francos, y por otra parte, despues de un minucioso exámen, no se hallaron mas de 3.000 hombres disponibles para mandar á América. Fuerza era, de consiguiente, aceptar las condiciones del enemigo.—*Condiciones ruinosas*, decia Pitt.

El tratado definitivamente fué firmado en Versalles el día 3 de setiembre, y en él, por delicadeza, figuraron los nombres del emperador de Alemania y de la emperatriz de Rusia, con el carácter de mediadores. Ese fué el día mas hermoso que lució durante el reinado de Luis XVI, desapareciendo desde esa fecha la ignominia de que se habia cubierto Luis XV.

Cara le habia costado la guerra á la Gran Bretaña, pues, en 1785, la deuda nacional habia sufrido el aumento de 2.500 millones de francos. Por su parte, Francia gastó 1,750 millones, España 1.000 millones, y Holanda 250 millones ². Añadiendo á eso los 170 millones de dollars de la deuda anglo-americana, héos aquí 7,000 millones materialmente aventados, como suele decirse. Todo

¹ Lord Mahon, tom. VII, pág. 211.

² Lord Mahon, tom. VII, páginas 214 á 217.

eso costó al mundo la terquedad del rey Jorge y la condescendencia de lord North.

M. John Adams, nombrado ministro plenipotenciario en la corte de su antiguo soberano no llegó á la Gran Bretaña hasta la primavera del año 1785, siendo presentado en Saint James el día primero de junio.

«Señor, dijo Adams al rey, me considero el mas afortunado de mis conciudadanos, teniendo el honor de ser el primero que me presente á V. M. con carácter diplomático. Me consideraré el mas feliz de los hombres si puedo servir para recomendar mas y mas mi país á la benevolencia de V. M.»

«Caballero, contestó el rey, contestacion que naturalmente dá fin á la relacion de la guerra, os ruego que creais y deseo que as lo comprendan en América que, en el pasado conflicto, nada hice que no hubiese juzgado indispensable para llenar los deberes que tengo para con mi pueblo. Os seré franco. He sido el último que he consentido en la separacion; pero ya que la separacion ha sido inevitable y hoy es ya un hecho, siempre he dicho, y ahora os repito, que seré el primero en fomentar la amistad de los Estados Unidos como poder independiente.»

«El rey, dice Adams, estaba muy conmovido, y yo tambien¹.»

A veces se pregunta para qué sirve la prensa, para qué sirven los publicistas, y todos esos pensadores que en vez de ir en zaga de una fortuna, defienden la justicia y los derechos de los pueblos. Pues bien: sirven para evitar los eternos padecimientos de la guerra, sépalo el pueblo, y sirven además para ahorrar á los reyes todo género de humillaciones.

Volvamos á América.
Al tener noticia de las disposiciones del ministerio inglés en 1782, el primer sentimiento que surgió en el ánimo de Washington fué la desconfianza, temiendo que todo concluiría con un cambio de ministerio que por algunos momentos halagaria á la opinion y decidiria al país á continuar la guerra. Y por lo tanto exhortó vivamente al Congreso para que no se descuidara.

La llegada de Sir Guy Carleton que en marzo de 1782 reemplazó á Sir Henry Clinton en el mando de las tropas inglesas, en Nueva-York, tranquilizó desde luego á Washington. Sir Guy Carleton anunció que la paz era cada dia mas probable; que las hosti-

¹ Lord Mahon, tom. VII, pág. 218.

lidades solo acarrearían desgracias inútiles, y que lo mas prudente era conservar cada cual sus posiciones. Lo cual se verificó; pero esa seguridad trajo en América una crisis que, sin el tacto, sin la grandeza de ánimo de Washington hubiese podido ahogar la libertad naciente.

Seguros de la paz, el Congreso y los Estados no pensaron mas en el ejército, ni se ocuparon en darles provisiones, ni en la satisfaccion de sus haberes. Por todo el mes de agosto de 1782, los Estados aun no habian suministrado 80,000 dollars, y con dificultad podia darse de comer á las tropas, siendo de todo punto imposible pagarlas.

Grande era la indignacion de los oficiales cuando en marzo de 1783 se recibió la noticia de que hasta por los comisarios anglo-americanos estaban ya firmados los preliminares de la paz. El ejército tomó parte en el regocijo general, pero la ansiedad subió de punto. La paz entrañaba la necesidad del licenciamiento del ejército, y, ¿cómo satisfacerle á este lo que se le adeudaba? Los delegados que los oficiales habian enviado á Filadelfia anunciaban que nada podian alcanzar del Congreso. Era, pues, de temer, que, ajustada la paz, aquellos que por espacio de siete años habian sacrificado su existencia y salud, iban á ser dados de baja sin sueldo ni retiro.

En esos momentos, se publicó una carta anónima dirigida al ejército, en la cual se invitaba á los oficiales á reunirse el día siguiente para deliberar acerca de la contestacion que debía darse á los delegados que habian sido enviados á Filadelfia. La carta iba aun mas lejos, como quiera que aconsejaba que el ejército no se disolviera sin que antes hubiese obtenido justicia. Por lo demás, estaba redactada en tono severo y amenazador¹.

«Á LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO.

»SEÑORES:

»Un compañero de armas vuestro, estrechamente unido á vosotros con los lazos de un interés comun y con los de la amistad; que ha participado de todos vuestros sufrimientos, y que no tiene mas confianza que vosotros en la suerte que le espera, os somete estas reflexiones. La edad y la categoría autorizan para dar consejos, pero

¹ Esa carta era de John Amstrong, ayudante del general Gates.